

dice que "tal vez nadie después de Manrique y de Quevedo ha dado tan patética y verdaderamente la nota mortal en la poesía española como la ha dado en nuestro tiempo Gabriela Mistral, la muerte con esperanza, la muerte con ansia de inmortalidad" (Pág. 28). José Santos González Vera, hermano gemelo de la Mistral en su autodidacta y trascendental calidad literaria, expresa que la escritora "condena, protesta, acusa en prosa y verso. Y su tono se alza a una altura no alcanzada por ningún chileno".

Augusto Arias, el académico ecuatoriano tan conocedor de la literatura americana, reconoce que a nuestra Gabriela "interesa el tema de la maternidad físicamente frustrada, pero abierta, como en compensadora gracia que será la que otorgue uno de los motivos de su universalidad a todos los niños del mundo". Waldo Frank, el norteamericano, estima sinceramente los versos de la excelente chilena "magníficamente esculpidos, eran cálidos, espontáneos, frágiles como el cuerpo de un niño" (Pág. 47).

Alfonso Reyes, el genio helénico y universal de las letras hispanoamericanas, compara la prosa de Gabriela con la de Santa Teresa de Jesús: "su prosa, brotada de fuentes que parece continuar a la naturaleza, y que por ese y otros motivos, a un tiempo artística y sencilla, hace pensar en Santa Teresa" (Pág. 54).

Pablo Antonio Cuadra, nuestro culto amigo y colega nicaragüense, admira en ella "su arrojo, su osadía en la sequedad, donde su ternura adquirió un equilibrio admirable de alambrista circense, ternura sobre el vacío y sin embargo, ¡pocas veces han llegado tan hondo del misterio del niño!" (Pág. 56).

Finalmente ese inmenso poeta uruguayo tan amigo de Chile y de sus escritores, en el homenaje tributado a Gabriela Mistral en la Universidad de Montevideo, dijo que la vida y la muerte de la hermana de Chile se le representaban "alegorizada en su propia tierra. Así se me representan su corriente espiritual, su ímpetu logrado desde las alturas, su lucha por la purificación y por la expresión, su batalla con los instintos y las pasiones, su catarsis sublime, su caudal, su fertilidad, su verdor generoso, su fruto incontable, su lección heroica y su fin en el mar pacífico de la muerte" (Pág. 86).

Sería interminable continuar las citas de los diversos estudios que contiene este Cuaderno IV de homenaje a Gabriela Mistral, hecho con amor y cabal conocimiento de la obra ecuménica realizada por la mujer chilena que más ha honrado a su patria en el campo de las letras.

<https://doi.org/10.29393/At392-69ELFA10069>  
*Evolución de las Letras Chilenas*, de RAÚL SILVA CASTRO  
Editorial Andrés Bello, 1960

Raúl Silva Castro es probablemente el escritor chileno que domina con mayor seguridad la historia de las letras chilenas; su saber es indiscutible y una prueba de nuestro aserto es el hecho de que todas las críticas acerca de este estudio se refieren a pormenores sin ninguna significación en el conjunto del concienzudo trabajo realizado.

"La Evolución de las Letras Chilenas", escrita por Raúl Silva Castro con ocasión del Sesquicentenario de nuestra Independencia Nacional, abarca el período de 1810 a 1960 y el autor da exclusivamente una rápida mirada a la historia de los géneros en los cuales entra solamente la imaginación o inventiva, salvo los artículos de costumbres que están muy emparentados con aquéllos.

Penetra en el tema con una breve introducción sobre la literatura colonial para referirse en las últimas páginas, 13, 14, 15 y 16, a la trascendente y bien lograda labor literaria de don Andrés Bello: "Si la evolución intelectual de una nación pudiera concretarse en una fecha —dice— no cabe duda de que la más importante de todas sería aquella en que la mirada de don Andrés Bello (1781-1865) abarcó por primera vez la tierra chilena en el puerto de Valparaíso" (Pág. 13).

En el somero estudio dedicado a la Poesía comienza con Bello, en cuya obra intelectual hay abundante sabiduría, pero desgraciadamente escasa vena poética; en seguida el autor enumera a muchos versificadores que no fueron en realidad agraciados por las musas; el poeta del siglo XIX sólo venimos a encontrarlo en Guillermo Blest Gana. Con gran respeto por la opinión del señor Silva Castro, no creo en la poesía de la centuria decimonona, porque la que hay carece de médula y originalidad; prosigue el autor con otros nombres que nada significan en la literatura chilena, para llegar luego a fines del siglo y comienzos del presente, en el cual aparecen los verdaderos poetas que el crítico entrelaza con otros de menor cuantía. En la primera parte de este ensayo, como se trata de hacer la evolución o desarrollo de la Poesía, es lógico que se ocupe de los versificadores, pero en la segunda ya no tienen cabida en un estudio sobre la gaya ciencia chilena los nombres de Alberto Maurer Caamaño, Juan Manuel Rodríguez, Gustavo Mora Pinochet y Julio Munizaga Ossandón; así hay el peligro de confundir el Panorama de la Poesía nacional con una vieja guía telefónica. Ya en esta época, principios del siglo XX, la lírica se ha perfeccionado.

El estudio sobre el Teatro que aparece en este libro es tal vez el primero más o menos completo que se ha hecho entre nosotros; Silva Castro es un acucioso investigador y tiene una visión muy clara y completa de toda la literatura chilena, de tal manera que no es fácil encontrar lagunas en sus trabajos siempre densos y hechos a conciencia; podrán discutirse sus juicios o apreciaciones, como las que apuntamos más arriba, pero jamás su erudición en letras vernáculas. Comienza su rápida visión del arte dramático con Juan Egaña y termina con los modernos Fernando Debesa, Fernando Cuadra, Sergio Vodanovic y Luis Alberto Heiremans.

Sigue el cuadro sobre Artículos de Costumbres, en el cual el autor ha descubierto verdaderos valores literarios cultivadores de este género, para muchos desconocidos, como Diego Antonio Torres, Julio Chaigneau y Adolfo Ibáñez.

En la novela, el estudio sobre Alberto Blest Gana es una semblanza literaria en miniatura del primer novelista chileno en el orden cronológico, que revela en su autor muy buen gusto y envidiable poder de síntesis.

En este panorama de la novela, una vez que ésta llega a la cumbre, Silva Castro es más exigente y sólo menciona a los genuinos novelistas, a aquellos de indiscutible mérito.

Los cuentistas, salvo los primeros, son casi todos de excelente calidad; el mayor auge de este género se alcanza con *Sub Terra* (1904) y *Sub Sole*, de Baldomero Lillo, cuentista del cual el autor hace un retrato acabado. Laudatorio y fidedigno es el juicio acerca de la obra de don Olegario Lazo Baeza, a quien nadie ha superado "por la calidad, ahincada observación, lengua clara y dinamismo en los Cuentos Militares". En recompensa la Academia de la Lengua le hizo miembro honorario.

Al final de este estudio, dice el crítico "que ha querido proclamarse en Chile que las técnicas propias del cuento no eran ya capaces de satisfacer la curiosidad del público, y que en consecuencia el cuento chileno, como entidad representativa de la vida espiritual del país, estaba difunto o próximo a perecer. Pero varias veces el difunto ha renacido, y las generaciones contemporáneas, a que nos referíamos en estas últimas líneas, parecen probar con superabundancia la riqueza potencial que se esconde bajo algunos nombres simultáneamente aplicados al cuento como vestidura propia para el mensaje que desean hacer llegar a sus lectores" (Pág. 84).

En una breve síntesis de la Evolución de las Letras Chilenas, como la que comentamos, Raúl Silva Castro no podía presentar un cuadro más completo de nuestra literatura imaginativa.

*150 Años de Evolución Constitucional, de JULIO HEISE GONZÁLEZ, 1960*

El catedrático Julio Heise, en este breve tratado, hace con ponderación de jurista y serenidad de historiador la vida constitucional de nuestra República, desde los albores de la Independencia Nacional hasta la Constitución de 1925, actualmente en vigencia.

El señor Heise reconoce que los cimientos de nuestra nacionalidad se levantaron en la Colonia. "En las postrimerías del siglo XVIII —después de dos y media centurias de evolución histórica— la sociedad chilena llegó a un grado tal de estabilidad y madurez, que le permitirán antes de dos décadas, afrontar con pleno éxito el no menos difícil problema de organizar definitivamente la República" (Págs. 9, 10). "La misma madurez que España procuró a sus colonias bastó para que —con ocasión de la crisis monárquica provocada por la intervención de Napoleón— se formara un estado espiritual favorable al cambio de la vida institucional" (Pág. 10). Tales conceptos emitidos por un catedrático de ascendencia sajona, echan por tierra, una vez más, la leyenda negra antiespañola. El proceso jurídico de nuestras instituciones se inicia inspirado en el más profundo respeto al rey Fernando VII, fingido si se quiere, pero en todo caso denota miramiento y consideración al infortunado monarca.

Desde el comienzo de la República, los criollos lucharon por organizar el Estado, "en Chile no existió el militarismo", dice el autor. "Los militares que actúan en aquella época, Carrera, O'Higgins y Freire, fueron exaltados por elementos civiles como símbolos de gloria y de orgullo nacional y todos ellos se inclinaron siempre ante los anhelos y propósitos de la ciudadanía".

Con el Reglamento Constitucional provisorio de 1812 se da un gran paso para consolidar el gobierno del pueblo. Más tarde O'Higgins recibe de la misma aristocracia "poderes discrecionales para proseguir la guerra contra España". "El prócer nunca hizo imposible la existencia de la ley".

Invariablemente la mayoría de los hombres sensatos de este país ha propiciado siempre el régimen constitucional y aun en la época de la peor anarquía de 1826 a 1831, cuando se ensayó el federalismo, no faltaron quienes sostuvieron la soberanía popular. Más tarde, el 8 de agosto de 1828, se promulgó la Constitución de 1828 que echó por tierra el federalismo y establece un gobierno fuerte, pero consagraba la "alta tuición del Parlamento sobre el Ejecutivo".